

MARINA TSVIETÁIEVA

MI MADRE
Y LA MÚSICA

TRADUCCIÓN DEL RUSO
DE SELMA ANCIRA

BARCELONA 2012



ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Мать и музыка*

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2012 by Selma Ancira Berny
© de esta edición, 2012 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S.A.U.

Este libro ha recibido una subvención de la Mikhail Prokhorov
Foundation (programa de traducción TRANSCRIPT)



transcript

En la cubierta, *Interior. Salón con piano y mujer vestida de negro*
(1901), de Vilhelm Hammershøi

ISBN: 978-84-15277-87-3

DEPÓSITO LEGAL: B. 17 442-2012

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *julio de 2012*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Cuando en vez del tan deseado, previamente decidido, casi ordenado hijo varón Alexandr, nací solamente yo, mi madre, tras haberse tragado orgullosa un suspiro, dijo: «Por lo menos será músico».

Y cuando, antes de cumplir un año, mi primera palabra, evidentemente desprovista de sentido pero del todo clara, resultó ser «gama», mamá se limitó a confirmar: «Lo sabía», – y a partir de ese momento se puso a enseñarme música, cantándome interminablemente la misma escala: «Do, Musia, do; y éste es un – re, do – re...». Este do – ré pronto se convirtió para mí en un libro enorme, de la mitad de mi tamaño, un «lirbo», como yo decía entonces; por lo pronto, sólo en su cubierta, del «lirbo», pero con un oro que desde el fondo lila irrumpía con tanta fuerza y horror que hasta la fecha tengo en algún lugar determinado, apartado, *ondinesco*¹ del corazón – el calor y el terror; como si este tétrico oro, habiéndose fundido, se hubiese

¹ Alusión a *Ondina* de Friedrich de la Motte Fouqué (1777-1843), uno de los libros que Tsvietáieva más quiso en su infancia. [Todas las notas son de la traductora].

posado en lo más profundo de mi corazón y desde allí, al menor roce, se levantara y me inundara toda hasta la comisura de los ojos, cauterizando – las lágrimas. Esto era do – ré (Doré¹), y re – mi era Rémi, el pequeño Rémi de *Sans Famille*,² un niño feliz, a quien el malvado marido de la nodriza (*estropié*, con un pie – estropeado), el lisiado Père Barberin, no tarda en hacer infeliz al impedir, primero, que los buñuelos se vuelvan buñuelos, y al vender, al día siguiente, al propio Rémi al músico ambulante Vitalis, a él y a sus tres perros: Caudillo, Petrimetre y Dulce, y a su único mono – *Joli-Cœur*, a ese terrible borracho que después muere de tuberculosis en brazos de Rémi. Esto era re – mi. Si se toman por separado: do era – obviamente blanco, vacío, anterior a todo, re – azul, mi – amarillo (¿tal vez – *midi*?) fa – marrón (¿tal vez la falda de tisú que usaba mamá para salir, y el re – azul – el río?) – y así los demás, y todos estos «demás» – existen, sólo que no quiero sobrecargar al lector, que tiene *sus* colores y *sus* razones para tenerlos.

Mi madre se alegraba de mi oído y, sin propo-

¹ Gustave Doré (1832-1883), artista francés, grabador e ilustrador. En casa de Tsvietáieva tenían *La divina comedia* ilustrada con sus grabados.

² *Sin familia*, novela de Hector Malot (1830-1907).

nérselo, me elogiaba por él, pero inmediatamente después de cada «¡Bravo!» que se le escapaba, añadía con frialdad: «Por lo demás, no es mérito tuyo. El oído – viene de Dios». Así se me quedó grabado para siempre, que el mérito no es – mío, que el oído – viene de Dios. Esto me preservó tanto de la arrogancia como de la no confianza en mí misma, de cualquier tipo de petulancia en el arte – ya que el oído viene de Dios. «Lo tuyo es – el empeño, porque todo don divino puede ser arruinado» – decía mi madre por encima de mi cabeza de cuatro años, que evidentemente no comprendía y – por eso – lo retenía todo de manera que luego fuese imposible borrarlo. Y si no arruiné mi oído, no sólo no lo arruiné yo: no permití a la vida que lo arruinara ni lo asfixiara (¡y cómo lo intentó!); de esto también es responsable mi madre. Si con mayor frecuencia las madres dijeran cosas incomprensibles a sus hijos, estos hijos, al crecer, no sólo comprenderían más, sino que actuarían con mayor seguridad. Al niño no hay que explicarle nada, al niño hay que – hechizarlo. Y mientras más enigmáticas sean las palabras del hechizo – más profundamente arraigarán en él, más indiscutiblemente actuarán: «Padre nuestro que estás en los cielos...».

Con el piano – con el do–re–mi – puesto en teclas – también hice amistad de inmediato. Resultó que yo tenía una mano sorprendentemente flexible. «¡Cinco años, y ya casi alcanza la octava, con un poqui-i-ito más que la abra! – decía mamá, alargando con la voz la distancia que faltaba, y, para que yo no presumiera –: Aunque, ¡también sus pies son así!» – suscitando en mí con estos «pies» la vaga pero aguda tentación de probar alguna vez a alcanzar la octava con el pie (¡más aún cuando yo era la única de entre todos los niños que podía separar los dedos del pie en forma de abanico!), cosa que, sin embargo, jamás me atreví no digamos a hacer, ni siquiera a pensar con seriedad, puesto que «el piano es – sagrado», y no se puede poner nada encima de él, no sólo los pies, ni siquiera los libros. En cuanto a los periódicos, mi madre, con la altiva perseverancia de un mártir, cada mañana, sin decir una sola palabra a papá, que invariable e inocentemente los había colocado allí, los retiraba – relegaba – del piano. Quizá de esta confrontación entre la espejeante limpieza y negrura del piano y la desordenada y descolorida pila de periódicos, quizá de este gesto represivo de mi madre, vasto y pedante al mismo tiempo, quizá de ahí haya nacido en mí esta axiomática convicción, im-

posible de erradicar: los periódicos son – la impureza, y todo mi odio por ellos, y toda la venganza del mundo del periodismo – contra mí. Y si algún día muero como un perro, al menos sabré *por qué*.

Además de una mano grande, resultó que también tenía «un ataque sonoro y vigoroso» y «para una niña tan pequeña un *touche* sorprendentemente animado». Un *touche* animado sonaba como aterciopelado, y era marrón, y como *toucher* significa ‘tocar’, resultaba que yo tocaba el piano como el terciopelo: con terciopelo: con terciopelo marrón: como un gato: *patte de velours*.

Pero no he terminado con los pies. Cuando dos años después de que naciera Alexandr – yo, nacía el que sin duda sería Kiril – Asia, mamá, que tras la primera vez ya había aprendido, dijo: «Bueno, qué se le va a hacer, tendré una segunda músico». Pero cuando la primera palabra del todo consciente de Asia, que se había enredado en la redcilla azul de la cama fue «pierna» (pierna), mi madre no sólo se entristeció, se indignó: «¿Pierna? ¿Significa que será – bailarina? ¿Que yo tendré – una hija bailarina? ¿El abuelo – una nieta bailarina? ¡En nuestra familia, gracias a Dios, nunca ha bailado nadie!». (En esto se equivocaba: hubo, en la vida de su madre, un baile, una dan-

za fatal, a partir de la que todo empezó: su música, mis versos, toda nuestra común e ineludible desgracia lírica. Pero esto *ella* no lo supo – nunca. Lo supe – yo, nada menos que casi cuarenta años después de esta arrogante afirmación suya, en la Casa Rusa de Sainte Geneviève¹ – cómo, lo relataré en su momento).

Pasaban los años. La «pietra» parecía hacerse realidad. En todo caso Asia, extraordinariamente ágil, tocaba el piano de manera atroz – todo eran notas falsas, pero por fortuna lo hacía tan quedito, que ni siquiera en el salón contiguo se oía nada. Temo equivocarme ahora, pero es poco probable que ella, con toda su buena fe, abriendo al máximo la mano, alcanzara más que del *do* al *fa*. La mano (como el pie) era minúscula, el ataque – equivocado, y su *touche* – de mosca. Todo esto junto, cuando llegaba al oído, lo cortaba como una navaja de afeitar (el lóbulo).

– Ha salido a Iván Vladímirovich – afligida,

¹ Se refiere al Asilo de ancianos donde Tsvietáieva conoció en 1933 a algunos parientes lejanos de su madre, quienes le contaron varias historias no sólo de la juventud de Maria Mein, sino también de sus ancestros. Tsvietáieva tenía ganas de escribir un relato sobre la infancia y la juventud de su madre.

pero ya resignada, decía mamá –, la falta de oído en él es asombrosa. Por otra parte, Ásienka sí parece tener oído, y si se pudiera distinguir claramente lo que canta, – quizá, ¿sería afinado? Pero, ¿por qué tocará tantas notas falsas en el piano?

Mamá no comprendía que Asia, al piano, por su corta edad, sencillamente se aburría a morir, y que sólo debido a su propio adormecimiento erraba las teclas (¡las notas!), como un cachorrito ciego que no atina a su plato de comida. Aunque ¿tal vez tocara dos notas a un tiempo creyendo que de ese modo terminaría más rápido con – todas las notas impuestas? ¿O quizá (de dos en dos), como una mosca que por falta de peso no puede apuntar a una tecla determinada? Por una cosa o por la otra, tocaba de un modo no sólo lastimoso, sino – lacrimoso, con arroyos de pequeñas lágrimas sucias y un fastidioso i-i, i-i, i-i de mosquito, a causa del cual todos en casa, hasta el portero, se cogían la cabeza entre las manos al grito desesperado de: «¡Otra vez no!». Y precisamente porque Asia continuaba tocando, mi madre, más desesperanzada cada día, renunciaba para sus adentros a esa carrera musical y depositaba toda su esperanza en mí, por mis manos grandes y mi ausencia de lágrimas.